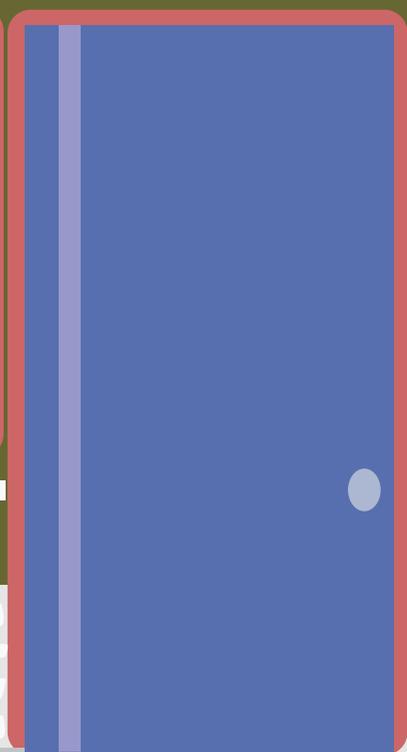
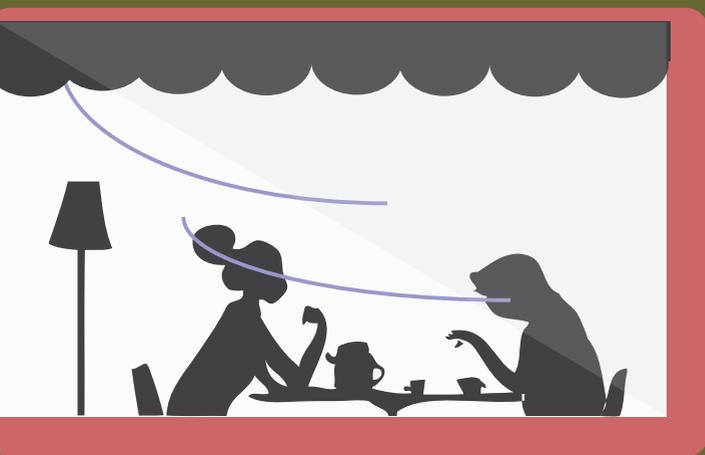


# Crepes de Manzana



## Crepes de manzana

Había una vez una señora que vivía en el centro y se llamaba Carmen. A simple vista, se la veía muy bien, aunque a veces su cabeza se iba lejos. Muy lejos. Al pasado, al pueblo, a los recuerdos de su infancia y con personas que ya no estaban. Por eso, la señora Carmen necesitaba cuidados.

Altagracia vino desde la República Dominicana para cuidar a la señora Carmen. Apenas la vio, pensó que lo que la señora Carmen tenía era el mal de estar tantas horas sola en el piso. Y supo que solamente con su compañía, se pondría mejor. Porque Altagracia era muy vital. Y a esa casa y a esa señora le faltaban que se abrieran las ventanas, para que entrara la luz. Y también las puertas, para que entraran otras personas. Y claro que sí las bocas, para contar historias.

La señora Carmen pensó que Altagracia estaría bien allí aunque extrañara mucho a sus hijas y a su madre, que se habían quedado en Dominicana. Tan lejos en el espacio y tan cerca de sus pensamientos. El trabajo le permitiría a Altagracia enviarles dinero para que estudiaran bien, y a su madre para que cuidara perfectamente de sus nietas mientras ella trabajaba.

Y solamente de pensar que con su trabajo Altagracia podía enviar el dinero para que sus hijas estudiaran y su madre las cuidara, la señora Carmen ya se sentía mejor. Al menos no pensaba tanto en el pasado, en el pueblo, o en las personas

que ya no estaban sino en Fany y Margolit, que ocupaban con sus sonrisas las carteras de las dos.

La señora Carmen también tenía un hijo y también lo extrañaba mucho, aunque vivía muy cerca, en la misma ciudad. ¡Pero siempre tan ocupado con su trabajo! Además estaban sus nietas, pero como estudiaban, no tenían tiempo de nada.

Lo cierto es que pasaban los días y nadie tocaba el telefonillo de la señora Carmen... Aunque desde que estaba Altagracia, la casa tenía otro movimiento y la señora Carmen estaba mejor. Pero no todo era tan sencillo. Para los mayores, convivir no es algo fácil. Y las costumbres de una y de la otra a veces eran un problema.

La señora Carmen quería que todo fuera como siempre, pasar los días igual que antes, sentada en el sofá, mirando por la ventana.

A Altagracia las horas se le hacían eternas dentro del piso, ella quería salir un poco a la calle, tomar el aire, ver cosas nuevas...



Ella sentía que el encierro era tan malo como la soledad, pero había otras cuestiones. Por ejemplo, a la señora Carmen le gustaba comer el pescado a la plancha y a Altagracia el pollo en salsa.

- A la señora Carmen le gustaban las tardes.
- A Altagracia, las mañanas.
- La señora Carmen usaba vestidos o faldas.
- Altagracia usaba vaqueros o pantalones.
- A Altagracia le gustaba la música y salir a bailar.
- A la señora Carmen le gustaba más el silencio. O hablar por teléfono.
- A Altagracia le chiflaba tomarse un té con un crepe de manzana.
- Y a la Señora Carmen, también. Esa fue una gran coincidencia. Y también una medicina mágica.



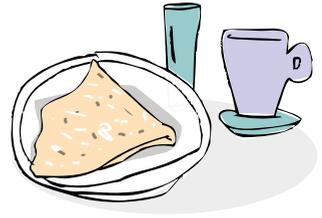
De tanto insistir mañana tras mañana, al llegar la primavera, Altagracia logró que la señora Carmen se pusiera un vestido de tantos que tenía y salieran juntas a dar un paseo.

Fue tan buena experiencia, que a partir de esa primera vez, todos los días, a las once y media, salían del piso, se daban el brazo y caminaban un buen rato.

El barrio había cambiado mucho. La señora Carmen casi no lo reconocía. Y no era cuestión de que su cabeza estuviera equivocada, era la realidad. Ahora había muchas tiendas, locales nuevos y gente joven con peinados raros. ¡Hasta los perros habían cambiado!

Pero lo que las tenía locas de contentas era una crepería que habían puesto en un local muy pequeño. Altagracia convenció a la señora Carmen y se sentaron a tomar un té con un crepe de manzana.

Y así fue. Así día tras día. Entre dulces y aromas de canela, la señora Carmen se animaba. Las salidas le habían dado un poco de color a su cara. Sus ojos veían mucho más que por la ventana. Y del paseo, sus siestas eran más intensas y reparadoras.



Pero no todo lo bueno dura mucho. Al menos, eso suelen decir por ahí, y eso pensó Altagracia en algún momento de aquel día tan triste, cuando ocurrió lo que ocurrió.

Era de mañana, Altagracia se movía de habitación en habitación con su minicadena musical. Le divertía escuchar música mientras trabajaba, pero como a la señora Carmen no, la mejor solución para que las dos pudieran estar contentas, era ir con el aparatejo de cuarto en cuarto, darle al play y cerrar la puerta.

Fue de un momento a otro. Altagracia atravesaba el pasillo con las sábanas hechas un nudo cuando un aire fresquito y cargado de ruidos del ascensor recorría las habitaciones.

Altagracia dejó todo en el suelo y salió corriendo al salón. Ya era tarde, la señora Carmen no estaba. Se había ido.

Buscó por todo el edificio, llegó hasta la azotea, los cuartos de la basura, la cochera... La señora Carmen no aparecía. Después, salió a la calle. Estaba desesperada. Pensó que no podía irse muy lejos porque caminaba despacio. Pero la realidad era que no aparecía.

Entró en la panadería, en el mercado y en la frutería de Jacinta... Ni rastro. La señora Carmen se había esfumado. El barrio, tan mono y tan moderno, ahora le parecía un laberinto escandaloso y lento.

Altagracia comenzó a llorar. Las lágrimas iban muy rápidas, el tiempo muy lento y la la señora Carmen no aparecía.

Pero de repente, entre un claxon fortísimo que la sobresaltó y la parada del autobús donde Altagracia ya pensaba lo peor, tuvo una idea que le iluminó la cara. Entonces correteó por aquellas calles a toda velocidad. Iba disparada, no miraba nada, los coches le pitaban, los recaderos se topaban con ella a la entrada de los locales, los perritos se apartaban, los caminantes se asustaban pensando que algo malo le pasaba...

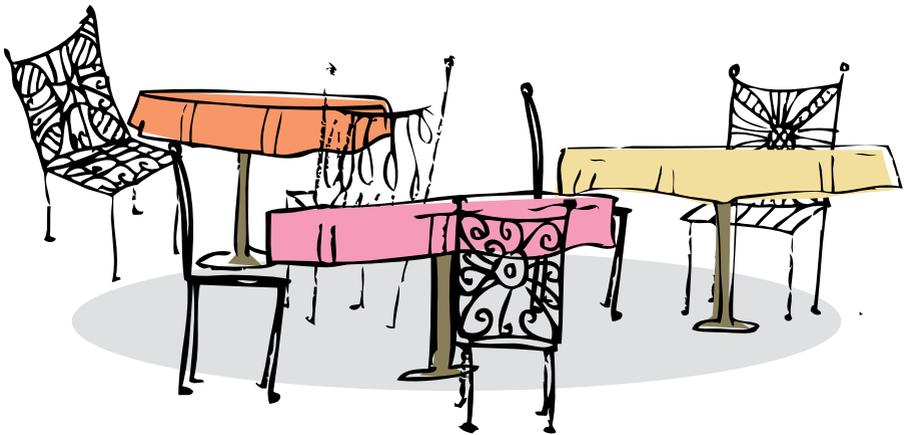
Hasta que llegó. De lejos vio el cartel decorado de la crepería y el olor del dulce la tranquilizó un poco.

Altagracia pensó que lo mejor era que la señora Carmen no la viera tan alterada así que, unos pasos antes y en un escapate, se arregló la cara y la ropa y respiró bien fuerte para que no le cayeran tantas lágrimas.

Entró. El dueño ya la conocía y la saludó con una sonrisa.

Aunque el local era pequeño, los pasos que llevaron a Altagracia desde la entrada hasta la barra fueron infinitos. Ese recorrido se le hizo más largo que todo el camino del piso a la crepería. Porque el local estaba vacío, no había nadie en las mesas ni en el baño.

La señora Carmen tampoco estaba allí.



Entonces, con la ayuda de Marc, el dueño de la crepería, Altagracia se sentó en una de las sillas, tomó un vaso de agua para calmarse y no tuvo más opciones que llamar al hijo de la señora Carmen para decirle lo que había ocurrido.

Fue un momento horrible. Ni el dulce más dulce de un crepe de manzana podía hacer nada por Altagracia.

Aquella fue una mañana de llantos, voces y explicaciones. Una y otra vez lo mismo. Al hijo, al conserje, a las nietas y finalmente, a la policía. Sin comer siquiera, se hizo la tarde.

Altagracia se sentía muy mal. Tan responsable y tan triste por lo ocurrido que no sabía ni qué hacer ni qué decir. Necesitaba salir y tomar un poco de aire. Y además, seguir buscando a la señora Carmen. Tal vez estaba cerca y no daba con el portal. ¡El barrio había cambiado tanto!



Bajó. Dio un par de vueltas por las calles que solían recorrer juntas. Volvió a la panadería, a la frutería de Jacinta y también se acercó al centro de salud, donde la señora Carmen se tomaba la tensión. También fue hasta el parque donde se sentaban a ver jugar a las niñas y niños.

¡Y hasta la estación de metro! Aunque la señora Carmen nunca lo tomaba, bajó las escaleras y miró por todos lados. Ni rastro. Entonces se metió en el locutorio y llamó a Dominica-na.

Tuvo mucha suerte porque las niñas estaban en casa. Se pusieron felices de escuchar a su madre y, apuradas y contentas, le contaron lo que estaban haciendo.

Fany, la mayor, estudiaba flauta dulce para la clase de música. Margolit, la pequeña, no se aguantó y le dijo a su madre que en unos días recibiría una carta que ella misma le había escrito, y un dibujo de la playa, con mucho sol y muchas palmeras. Para que no las echara de menos. Ni a ellas ni a las palmeras.

Altagracia después habló con su madre y le contó lo que había ocurrido. Su madre la tranquilizó. Le dijo que ella sentía que todo se arreglaría y que seguramente la señora Carmen esta noche dormiría en la casa.

Al rato, y tras dar varias vueltas buscando alguna pista, Altagracia volvió al piso dónde ya no estaba la señora Carmen, sino su hijo y sus nietas. Pensó que había llegado el momento, que la despedirían por irresponsable y que tendría que irse. Pero lo que más le preocupaba a Altagracia era dónde estaría la señora Carmen, si habría comido, si habría tomado sus medicinas...

Cuando estaba esperando el ascensor, escuchó unos pasos que le resultaron conocidos. Y también sintió un aroma que ya le resultaba familiar. Lo primero que vio Altagracia fue a Marc, con su delantal. A su lado y del brazo, la señora Carmen.

—¡Señora Carmen! —gritó Altagracia y le dio un abrazo bien apretado.

—No nos tomamos el crepe —le dijo la señora Carmen con picardía.

—Bueno, yo me voy —dijo Marc—. Mañana las espero con un desayuno especial.

Altagracia entró al piso con la señora Carmen del brazo. Las nietas estaban sentadas en el sofá. El hijo, en la mesa, con el ordenador, terminando un trabajo.

La familia al completo se abalanzó sobre la señora Carmen. —¿Pero qué les pasa hoy? —dijo y se ruborizó por tanta efusividad—, no es mi cumpleaños, ¿qué hacen aquí?

—Te vinimos a ver, abuela, y como ya es hora de cenar, voy pedir una pizza.

—¿Dónde estabas mamá?

—Fui a dar un paseo, hijo. No sabes lo bonito que está todo, hay locales nuevos, gente joven, te ponen música mientras te tomas un café, te venden otra vez las especias sueltas. El barrio está tan vivo como en mis tiempos aunque, eso sí, un poco cambiado.

—¿Y eso?

—Salimos todos los días, hijo, con Altagracia. ¡Nos damos unos paseos!

—Ya se ve, abuelita, lo bien que están juntas —dijo con alegría la otra nieta.

Todo volvió a su sitio. Altagracia se sentía tranquila al ver que a la señora Carmen no le había pasado nada. Sólo le recomendaron que tuviera cuidado por si acaso. Y nada más.

Muy a pesar del hijo de la señora Carmen, que le gustaba comer en la mesa, esa noche la pizza se comió en el sofá del salón. Sin protocolos ni solemnidades. Con la frescura del día a día y de todos los días.

Y esa fue la segunda coincidencia. A Altagracia le encantaba la pizza, y a la señora Carmen, comer en el salón desde el sofá mientras conversaban o miraban una película.



## Pautas teóricas para el profesorado

### 2º ciclo de Educación Primaria

#### Crepes de Manzana

Altagracia ha venido de la República Dominicana para cuidar de la señora Carmen, que es muy mayor y, a veces, olvida las cosas y hasta dónde está. Juntas recorren el barrio y evitan la nostalgia de las personas queridas. Hasta que un día la señora Carmen sale de casa sin avisar y nadie la encuentra. Cuando por fin aparece, todos se han dado cuenta de lo mucho que se necesitan... al final, resulta que no sólo la señora Carmen depende de los demás.

Algunas ideas sobre las que podemos reflexionar tras la lectura del cuento:

- **Los Trabajos de Cuidados**, como los relacionados con la alimentación, la crianza, la limpieza, el cuidado de personas dependientes, el apoyo emocional o el mantenimiento de las relaciones familiares **han sido considerados, desde siempre, una responsabilidad propia de las mujeres**. Esto es lo que denominamos roles de género, es decir, la asignación cultural de tareas y responsabilidades a las personas en función de su sexo.
- En las últimas décadas, **las mujeres han ejercido también su derecho a trabajar fuera del hogar**, siendo sustituidas parcialmente en sus tareas por otras mujeres de origen extranjero. De esta manera, y a pesar de los cambios en nuestra sociedad, los cuidados siguen siendo cosa de mujeres y, hoy en día, éstas siguen realizando el 80% de estas tareas.
- Estas mujeres extranjeras son también las principales responsables de los cuidados de sus familias de origen, que dejan al cargo de otras mujeres, madres o hermanas generalmente, formando lo que se conoce como **cadena global de cuidados**. Dado que los trabajos de cuidados son generalmente poco valorados, las mujeres migrantes que los realizan suelen hacerlo en condiciones laborales poco satisfactorias y a veces precarias. Aún así, hay que tener presente que estas mujeres tienen los mismos derechos que cualquier otra persona trabajadora, que tienen proyectos de vida propios y que siguen mayoritariamente haciéndose cargo de sus familias, cuidando en la distancia.

## Propuestas para seguir reflexionando sobre estos temas

- **¿Quién hace qué?**

Vamos a explorar la construcción de roles de género, es decir, de la identificación de actividades que se entienden que son propias de hombres y propias de las mujeres. Empezaremos por preparar un amplio listado de actividades humanas: tocar el violín, cocinar, conducir, atender una tienda, arar el campo, operar... A continuación, pediremos al grupo que diferencie aquellas realizadas mayoritariamente por hombres, por mujeres o de manera equilibrada por ambos sexos. Este ejercicio pondrá en evidencia los roles de género presentes en nuestra cultura, que, a continuación, podremos cuestionar preguntando: ¿Cómo te sentirías si sólo pudieras realizar actividades “propias” de tu sexo? ¿Conocemos a personas que realizan actividades que no son habituales para su sexo? Aunque de manera diferente, ¿lo hacen igual de bien? Si todas y todos podemos hacer todo, ¿de qué depende que realicemos unos trabajos u otros?

- **Una biografía.**

Seguro que todo el mundo conoce a alguna mujer extranjera que esté realizando trabajos de cuidados: cuidar a alguna persona mayor, limpiar en casa, recoger a los niños o niñas del colegio... Una vez que ya la hayamos identificado, animaremos al grupo a entrevistar a esa persona y a realizar un cartel o relato para compartir con el resto de la clase lo que hayamos descubierto sobre su vida.

Algunas de las preguntas a formular serían: ¿De dónde viene? ¿Por qué vino? ¿De qué trabajaba allí y en qué trabaja ahora? ¿Si dejó hijos, hijas u otra familia en su lugar de origen? ¿Cómo mantiene el contacto con ellos? ¿Quién los cuida ahora? ¿Si piensa volver algún día?